

Históricas Digital

Luis González y González

“La Historia que nos rodea”

p. 17-27

El historiador frente a la historia
Corrientes historiográficas actuales

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de
México Instituto de Investigaciones
Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA HISTORIOGRAFÍA QUE NOS RODEA

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ*

Entre los temas sugeridos por la doctora Gisela von Wobeser para exponer ante ustedes, tomo el de la historiografía imperante en México en la última década. Reconozco que escogí el asunto a tratar en forma egoísta, sin haber tomado en cuenta a los miembros del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM que conocen muy bien el gremio al que pertenecen. Por chambonería, voy a seguir la fácil vereda del refrito. De poco acá me han invitado tres veces a discutir el estado y desarrollo de los estudios históricos en y sobre México. En una ocasión fue en un foro en el Instituto Mora, en donde también participaron José María Muriá, Gloria Villegas y Andrea Sánchez Quintanar, entre otros. Los participantes en ese foro nos referimos en forma sucinta a los estudios históricos en México. En otra ocasión, en el Instituto Francés de América Latina, el ilustre historiador marxista Vovelle expuso en media hora el estado actual de la investigación histórica en Francia y yo hablé sobre lo mismo en México. En fin, tengo una cierta experiencia sobre este tema. Por otra parte, desde hace once años vivo fuera de esta ciudad, en provincia, donde los fenómenos culturales se ven distintos, diferentes a como se miran desde el centro de la República y, más aún, en el centro de este centro de esta nación que es la Universidad Nacional Autónoma de México.

En las últimas décadas, sin duda, la historia no ha sido el tema central ni la preocupación mayor de los habitantes de este país. Fuera de los cotidianos, el asunto más preocupante para nuestros compatriotas durante los años recientes ha sido el de la producción y la crisis materiales. Todo mundo, sea o no sea universitario, a lo inteligente o a lo tonto, habla y piensa acerca de cómo acrecer la producción y de cómo superar la crisis económica. Son los años de vacas flacas y apuros económicos. Algo también característico de la última década es el tema del retraso técnico. Esto significa que los hombres indispensables, los ídolos del momento, quienes manejan las palancas del país son los economistas y los técnicos. Los demás, vivimos más o menos al margen

* El Colegio de Michoacán.

de las preocupaciones de la vida actual de México. Indudablemente, siempre siguen en el centro de la atención pública los hombres que conducen la vida política, aunque no como antes. Nuestros compatriotas vienen dando un viraje. Ahora desean vivamente la democracia, se oye decir que la mejor de las dictaduras es peor que la peor de las democracias. Ya no se discute si hay dos tipos de gobiernos autoritarios: el despótico y el patriarcal; la bondadosa izquierda y la satánica derecha. Todo parece indicar que ahora rige la tesis de que las dictaduras son malas y de que las democracias, con todos sus defectos, resultan preferibles a las formas patriarcales de gobierno.

A los anteriores apuros economicistas, tecnológicos y democráticos se añade el referente a la especialización. Hoy tienen éxito aquellas disciplinas que se ocupan de cosas muy concretas y prácticas. En cambio, se derrumban el enciclopedismo y la filosofía en general. Quizá los filósofos no estén de acuerdo en la crisis de la filosofía, una crisis que en alguna forma también afecta a todas las ciencias sociales, generalizantes, que se resisten a ser concretas y específicas como el tipo de conocimiento que ha logrado imponerse a lo largo de estos últimos años. Quizá para defenderse mejor, las ciencias sociales han formado una especie de alianza entre sí. Se ha puesto de moda lo que se llama la interdisciplina, la ayuda mutua de las ciencias del hombre, de los conocimientos humanísticos.

Con todo, los humanistas, y en particular los historiadores, ya no ocupan los recintos académicos y oficiales, como los ocuparon en otras épocas, sobre todo en el siglo XIX. En México, e incluso en otros países, los que auxiliaban en el gobierno de las naciones, los que aconsejaban a los grandes caudillos eran siempre personas con conocimientos históricos: Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, Lorenzo de Zavala...

En estos últimos años, se han dedicado a escribir libros de historia, con rigor y profesionalismo, sin salirse de las reglas del juego, medio millar de personas existentes en México. Otros muchos, quizá otro número igual, han escrito acerca de la historia de este país desde Estados Unidos, la Península Ibérica, Francia y otros países de Europa. Ahora casi todos los de aquí son historiadores con formación universitaria, con licenciatura, maestría o doctorado en historia. Antes, hasta los años cuarenta de este siglo, muy pocos provenían de un instituto de cultura superior; casi siempre eran prófugos del derecho. Entonces los abogados que no practicaban las leyes se metieron a la política o a la historia. Muchos se dedicaron a la historia, incluso algunos de los más ilustres historiadores de México, de los que todavía ejercen, son doctores en derecho. A partir de los años cuarenta se inició la costumbre de hacer historia, de seguir una carrera profesional específica que duraba cuatro o más años. Así empezó a profesionalizarse este oficio ahora tan profesionalizado como el de

médico. Los historiadores mexicanos de hoy, en un ochenta por ciento, tienen título de licenciado, de maestro o de doctor en historia. Ya son treinta las instituciones dedicadas a la formación de historiadores. Generalmente emplean tres métodos formativos: la mayor parte de las universidades, en especial, la Universidad de México, la Universidad Iberoamericana y El Colegio de México, dan a los aspirantes a historiador una formación humanística; le proporcionan un mínimo de materias instrumentales (idiomas, paleografía, humanística, etcétera) y un máximo de panoramas históricos, de ciencias sistemáticas del hombre y de filosofía. Junto a este tipo de enseñanza, común y corriente, se imparten otras dos. En algunas universidades públicas se pensó que, en vez de formar historiadores aptos para hacer investigaciones históricas, había que preparar agentes del cambio histórico. Todavía en algunas de provincia hay cursos que se denominan y versan sobre Materialismo Histórico I, Materialismo Histórico II, Materialismo Histórico III y otros de la misma ralea, donde se preparan agentes del movimiento histórico más que escritores de historia. Este sistema ha producido hasta ahora abundantes maestros de enseñanza media; quizá algunos milites de la revolución por venir y seguramente muy pocos autores de textos de índole histórica. Lo mismo cabe decir del otro tipo de formación de historiadores, del que quizá no se sepa mucho en la metrópoli. Muchas de las instituciones formadoras de historiadores en la República se autonombran escuelas normales superiores y ofrecen la carrera de historiador. De hecho, dan la formación para impartir cursos de historia inflamados de patriotismo y no lo indispensable para hacer la investigación del pasado. Hacen historiadores capaces de infundir en sus alumnos las grandes hazañas de héroes y próceres que tanto abundan en este país. Enseñan de viva voz, en cientos de planteles educativos, cursos de historia pragmático-éticos y algunas veces escriben textos históricos para el público cautivo de las escuelas, faltos de originalidad y con sobra de incitaciones al patriotismo.

De los quinientos historiadores de pluma, las tres cuartas partes viven en la ciudad de México, en la región menos transparente del aire, pero más dispensadora de dinero, poder y fama. Quizá algunos vivan de las regalías de sus libros o de sus propios recursos recibidos en herencia o en dote o ganados en el ejercicio de la abogacía del comercio o de la industria. Casi todos son asalariados, miembros dependientes de algún organismo de investigaciones históricas, de la capital y cada vez en mayor número en los estados, pues en el decenio de los ochenta se abrieron oportunidades en las provincias. Una innovación reciente son los colegios de provincia, principalmente los edificadas a imagen y semejanza de El Colegio de México. Casi sin excepción, tienen un departamento de historia con estudios *full time*. Ahora, la gran mayoría de los historiadores mexicanos son ya de tiempo completo y dependen, para su

sobrevivencia, de la institución a la que están adscritos. Casi todos se quejan del salario insuficiente, o por lo menos menor al de hace ocho años. Todavía en 1980 el historiador de instituto recibía un salario equivalente a dos mil dólares mensuales. En un trienio esa mesada se contrajo a seiscientos dólares. A partir de 1982 se redujo el ingreso de los investigadores, pero no en forma drástica gracias al paliativo que significó la serie de becas del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Por otra parte, el empobrecimiento no llegó al grado de quitarles a los estudiosos las costumbres recientemente adquiridas del automóvil personal, la microcomputadora y los viajes por el mundo. Antes el historiador era un hombre sedente; ahora viaja, va con demasiada frecuencia de una ciudad a otra y de un país a otro con el pretexto de descubrir nuevas fuentes y de intercambiar información con sus pares, sus amigos y competidores.

La competencia subsiste no obstante el ensanchamiento de las miras del historiador mexicano. Se trata de una mayor amplitud que no afecta al territorio. Desde hace siglo y medio, historiadores de casa sólo se preocupan de temas mexicanos. Antes de la invasión de los yanquis eran muy proclives a hacer historia de Grecia, de Roma, de otros países y continentes y aun del mundo. Pero a partir de esa fecha se creyó que esa derrota frente a los norteamericanos había sido en buena medida causada por la débil conciencia histórica que tenían los mexicanos de su propio país, y empezó la fiebre de las historias de la nación mexicana y el repudio a los temas históricos extranjeros. Es de recordar que don Alfonso Reyes, cuya afición a los estudios helénicos era notoria, fue regañado por el culto Héctor Pérez Martínez, secretario de Gobernación. En un largo ensayo, le pide a las máximas figuras de las letras nacionales que hagan historia de México en vez de historia de Grecia... Por otro lado, los historiadores del primer mundo, si un mexicano escribe historia de los Estados Unidos, o de Asia o de Europa, simple y sencillamente lo marginan. Nadie pone en duda que nuestro territorio es la historia de México. Mientras permanezcamos en nuestra jurisdicción se nos verá con mejores ojos. Sin embargo, tres ilusos, O'Gorman, Zavala y Gómez Robledo, sin respetar la costumbre ni la opinión externa, han hecho historia del continente americano. También suelen saltarse las trancas del nacionalismo estrecho los historiadores de la vida exterior de México: Carlos Bosch, Luis Medina Ascencio, Lorenzo Meyer, Luis Weckmann y Bertha Ulloa.

Aun las monografías respetaban al nacionalismo. Escogían temas de carácter nacional, que incluyesen a todo el país, aunque sólo enfocaran un lapso corto de tiempo. Pero, en esta década, se ha roto ese tabú en beneficio de la historia regional. Antes se suponía que el estudio histórico de un estado o municipio debía hacer amplia referencia al conjunto de la nación; es decir,

sus parecidos, que no sus desemejanzas con la república. Como quiera, han empezado a aparecer y tener vigencia microhistorias globales, al punto de que la historia nacional se ocupa sólo de temas que pueden definirse como excepcionales dentro de la vida de los habitantes de este país; de que lo nacional, es decir, lo que abarca a todos los mexicanos es muy poco, mientras lo característico de nuestra vida histórica son las diferencias, tanto por regiones, como por etnias. El México múltiple, fragmentado en regiones y municipios es el territorio de los clonautas de aquí y de ahora.

Por lo que mira a espacios, el de la patria y el de las regiones de México es el concedido al gremio mexicano de la historia. Por lo que mira a tiempos se conceden cuatro: el anterior a la invasión de los españoles, el de los trescientos años de la dominación española, el del siglo XIX y el de la centuria actual. Se mantiene la tesis de hacer arrancar la vida de la nación mexicana con los olmecas, toltecas, mayas y tenochcas que no desde la edad media española. Fuera de los arqueólogos, pocos historiadores nativos se ocupan de los imperios prehispánicos, más que para conocerlos, para hacer su elogio. Tampoco son muchos los interesados en la Nueva España, todavía tenida por los historiadores jacobinos como la época del oprobio. Se mantiene la obligación de recordar las virtudes y las proezas de los héroes que nos dieron patria y reforma liberal, con exclusión de Porfirio Díaz. Pero la época más cultivada por la historiografía que nos rodea es la de una revolución que para muchos es permanente.

En cuanto a temas, en el último medio siglo el económico se ha impuesto sobre los demás de índole social y política y sobre los valores culturales. Tenemos a la vista abundantes y muy eruditos trabajos sobre la economía de las haciendas, la producción y el precio de los granos en la Nueva España, el trabajo agrícola, la industria minera, las manufacturas de las varias épocas de la nación mexicana, la arriería, el comercio transatlántico, las finanzas públicas, los bancos y todo lo relativo a la vida material en el conjunto del país, en algunas de sus doscientas regiones o de sus miles de pueblos y haciendas. Con mucha rapidez se constituye una historia que habla de ciclos, precios, intercambios, modos de producir y explotadores y explotados.

Junto a los temas económicos prosperan los demográficos. En relación con la gente de otras épocas, surge una historia cuantitativa, entusiasmada con los números y las computadoras. Por ellas nos enteramos de las cifras de habitantes, de hombres nacidos y muertos, de los casados y célibes a lo largo de la trayectoria nacional. Según los aguafiestas, las cuantificaciones económicas y demográficas, casi siempre basadas en estadísticas poco confiables, sólo sirven para combatir el insomnio. Por otra parte, debe admitirse que lo cuantitativo empieza a perder terreno frente a lo cualitativo.

Los asuntos sociales se vuelven cada vez más mimados. La burguesía y las otras clases, las congregaciones rústicas y urbanas, la familia, los círculos de sociabilidad (clubes deportivos, cafés, academias y cofradías) se han vuelto ramas de moda. La antes mal vista vida cotidiana está ahora sobre el tapete. Sigue en auge la historia del trabajo y de los movimientos obreros. A diferencia de lo que ocurrió en otras partes del mundo, donde hubo un tiempo que causaban verdadera grima la historia política y la historia militar, en México la política ha seguido siendo uno de los temas predilectos de la historiografía mexicana, quizá por el predominio tradicional de la historia pragmática.

Donde se notan los cambios más significativos dentro de la temática de la historia es en el campo de la cultura; en México, antes de los años ochenta, nadie hacía historia del desarrollo científico. El Colegio de México tuvo la ocurrencia, hace algunos años, de invitar a algunas personas que se dedicaban a actividades y estudios de carácter científico a que se convirtieran en historiadores. Es relativamente fácil hacer de un científico un historiador, en cambio es muy difícil imbuir a un historiador de esas materias raras que tratan los científicos. La tesis se comprobó con Elías Trabulse, oriundo de las ciencias bioquímicas, ahora convertido en un excelente investigador de la historia de la ciencia. La historia del arte, coto de quince mujeres clonautas y de Jorge Alberto Manrique y Guillermo Tovar, sigue viento en popa. Los estudios sobre la vida de la Iglesia mexicana andaban de capa caída. Con todo, están siendo trabajadas, por Roberto Blancarte y Manuel Ceballos, las relaciones de las jefaturas civil y eclesiástica.

A mitad del presente siglo, casi todos los historiadores de fuste oriundos de aquí y trasterados de España incurrieron en la historia de las ideas, principalmente de las ideas filosóficas. Su animador fue el célebre filósofo José Gaos, a quien se atribuye la frase: “No otra historia más que la historia de las ideas.” Los discípulos de Gaos (Zea, Villoro, Pérez Marchand, Navarro, Quiroz, Salmerón, Frost, Yamuni y otros) han escrito obras fundamentales sobre los momentos más fecundos de México y del orbe hispánico. De poco acá se ha difundido una especie de historia de las ideas diferente: de las ideas no ya de los pensadores, no ya de los profesionales de la “ideación”, sino de la gente común y corriente. Es hoy muy mimada la historia de las creencias o de las “mentalidades”, como le dicen los historiadores adictos a la escuela de los *Annales*.

Otra cuestión que también es novedad dentro del ámbito de la historiografía mexicana es la de las nuevas musas inspiradoras de la historia. Allá por los cincuenta y los sesenta, los historiadores se ponían al último grito de la moda con la lectura de autores alemanes; en cambio, en los ochenta, los colegas foráneos que han tenido más influjo en el campo de la teoría y del

método son los franceses, los yanquis y los soviéticos. Una escuela que llegó a ser privilegiada dentro del mundo historiográfico mexicano fue la de los *Annales*, pero más que este o aquel grupo de historiadores se pusieron de moda algunas teorías que se denominaron “materialismo histórico” “funcionalismo”, “teoría de la dependencia” y “modo de producción asiático”. Las explicaciones de marca marxista sedujeron a la mayor parte de la gente interesada en la historia y desataron el terrorismo verbal contra los desdeñosos de esas filosofías. Pero también los que daban explicaciones globales a cambio de noticias han caído en descrédito hasta cierto punto desde la caída de la barda separadora de los dos Berlines. Como quiera, la historiografía marxista, y en general todas las “apochotadas” en un cómodo sistema de explicación histórica, siguen vivas y coleando en la mente de los historiadores que prefieren la comodidad de un cubículo y la fama de revolucionarios a las incomodidades de la investigación en almacenes de documentos y el desprestigio de ser llamados elitistas, juntacadáveres, anticuarios, comejenes, ratas de archivos y bibliotecas.

Algo que, a mi parecer, ha llegado a ser la parte central de la discusión teórica sobre la historia, ya no es el cómo debe ser la explicación histórica, asunto al que se dedicaron mucho los historiadores durante los cincuenta, sesenta y setenta; actualmente la preocupación mayor de casi todos los historiadores de México es el para qué sirve la historia. Puesto que vivimos, como ya comenté, en una época y en un momento en que la eficacia tiene una importancia muy grande, es de suponer que todos los objetos y disciplinas que antes no se cuestionaban ni se sabía si eran o no útiles, deben ahora demostrar su poder de uso en la vida práctica. Hace poco que la doctora Moreno Toscano puso a debatir a ocho historiadores acerca del para qué de la historia, debate del que salió un libro con ese nombre. Hoy, casi todos los profesionales de la historia nos preguntamos si lo que hacemos puede contribuir a la salvación de México y de la humanidad. Hoy en día el historiador que se atreve a decir que la historia no sirve absolutamente para nada, que es simplemente un pasatiempo muy agradable, es mal visto y mal tratado; en cambio en las épocas en que yo estudiaba, la mayor parte de los historiadores de cuño científico pensaban que las historias se hacían para satisfacer un tipo de curiosidad humana y para construir la ciencia de la cultura.

En el aspecto concreto de la investigación histórica hubo en este decenio cambios que considero importantísimos: los historiadores se han convencido de que la historia no es aquella que se hace con base en ideas o en simples deseos, sino la que se fundamenta en documentos. Por lo tanto, los historiadores han presionado para que los documentos que se conservan en los archivos resulten accesibles. Avance increíble es el de la apertura de los archivos en

México. Ahora, el problema que tienen los historiadores no es cómo documentarse sino cómo leer las enormes cantidades de documentos que se están sacando a la luz en todos los archivos del país. En este sentido un buen ejemplo es el Archivo General de la Nación de los últimos tiempos que, comparado con el de hace treinta años, es totalmente diferente. Además de esta mejoría de los archivos, se ha producido la creación de fonotecas, fototecas y bibliotecas. Antes, quienes vivían en la ciudad de México mal que bien siempre tenían acceso a bibliotecas pero había pocas oportunidades, en otros sitios, de encontrar los libros necesarios para hacer una investigación histórica. Todavía en el año de 1950 entre todas las bibliotecas del estado de Colima sumaban nueve mil volúmenes; en otra entidad, Nayarit, los libros alcanzaban la cifra de once mil volúmenes; estos ejemplos pueden dar idea de cuán poco era el material bibliotecario de que se disponía hace algunos años, mientras que ahora ya son, aproximadamente, tres mil las bibliotecas públicas del país. Y se mantiene la costumbre de hacer bibliotecas privadas. Todavía estamos lejos del aparato informativo ideal, pero mucho mejor que hace apenas un lustro.

Ya estamos en condiciones de hacer historia científica y no sólo agradable. Ya podemos dar de nuestro pasado una visión válida para los científicos, y no una imagen literaria como la de *México a través de los siglos*. Como quiera, la historia narrativa no se ha ido. Todavía más: tiende al alza.

Otras antiguallas se han quedado en el candelero. Una historia que se ha quedado como paralizada porque tiene un enorme público cautivo es la historia de la vida de los grandes hombres de México, la historia en donde puede verse que México es un país bueno, que si ha cometido algunos errores ha sido por el acoso de los otros países que lo rodean. Este tipo de historia nacionalista y pragmática tiene todavía un mercado cautivo formado por estudiantes de las primarias, de las secundarias y aun de las preparatorias. Hasta ahora la historia científica no ha logrado salir del círculo de los académicos; en general tiene un receptor bastante restringido; en cambio, la historia narrativa y sobre todo la que ha dejado de usar el lenguaje puramente escrito y se ha lanzado al lenguaje audiovisual capta un gran interés por parte del público; una de las series televisadas que ha tenido más auditorio, que ha sido más vista y oída es la de la Revolución Mexicana; incluso cuando le quitaron la parte novelesca siguió siendo algo muy visto en todo el país, no sólo en la ciudad de México; quizá menos en la ciudad de México que en provincia, donde ha tenido gran éxito, lo mismo que aquellas biografías del poder que sacó Enrique Krauze, y también las historias escritas en forma narrativa.

En cuanto a las obras históricas producidas en los últimos diez años yo creo que tienen su interés; según mis cálculos (no sé qué tan bien hechos) se

han escrito cerca de mil libros de historia, sin contar las tesis que no han sido publicadas por editorial comercial o académica. Claro que hay que tomar en cuenta que gran parte de la producción historiográfica de México, en los últimos años, no ha sido de obras originales. Nunca antes se habían reeditado tanto trabajos de autores de otras épocas. La Secretaría de Educación Pública, por ejemplo, ha publicado centenares de obras históricas escritas a principios de este siglo, en el siglo pasado o en la época de la colonia. Algo semejante ha hecho la UNAM, que ha reeditado bastantes clásicos de la historia; el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, que ha vuelto a publicar a la mayoría de los cronistas de la Revolución Mexicana así como a los clásicos de la Revolución de Independencia.

Ha vuelto la costumbre, aunque con menos vigor que en el Porfiriato, de la publicación de documentos de interés histórico. En forma dispersa y anárquica, varias secretarías de Estado algunos gobernadores, las universidades y los ayuntamientos de las urbes publican documentos a granel sacados del archivo nacional y de muchos archivos hoy puestos en orden en distintas partes del país. Se distinguen por su pulcritud la colección del Archivo Histórico Diplomático y las series documentales publicadas por la UNAM y colegio, de Silvio Zavala e Isidro Fabela, de René Acuña y Carlos Herrejón. Varias series documentales vienen precedidas de estudios críticos rigurosos. De otro lado, son cada vez más frecuentes y profundos los análisis de libros de historia aparecidos en publicaciones periódicas especializadas, en volúmenes colectivos y en las obras en papel de prólogos. Como quiera, siguen faltando una historia de la historiografía mexicana, una visión global de lo escrito por los historiadores mexicanos y otra sobre los aspectos históricos de México vistos por extranjeros.

Hasta ayer fue virtud el monografismo, el seleccionar un lapso de tiempo lo más corto posible y un sector reducido de la vida económica y social o de los valores de la cultura mexicana. En la tarea de hacer monografías de asunto histórico mexicano ha contribuido de manera sobresaliente un grupo numeroso de mexicanistas de Europa y los Estados Unidos. Las aportaciones monográficas de los extranjeros con suma facilidad son aceptadas y seguidas por la gente de casa. Las monografías de Timothy Anna, David Brading, Peter J. Bakewell, Georges Baudot, Woodrow Borah, John Coatsworth, Nettie Lee Benson, Charles Gibson, Brian Hamnett, John M. Hart, Claude Morin, Jean Meyer, Michael Meyer, Friedrich Katz, Charles Harris, Charles Hale, Robert Potash, Phillip Powell, Nelson Reed, Ramón Eduardo Ruiz, Richard Sinkin, Peter Smith, William Taylor, John Tutino, Jan de Vos, Benedict Warren, John Womack, Eric van Young y otros cien, si no es que más, suelen ser imitadas por los aspirantes mexicanos al diploma de historiador

profesional. Nuestro malinchismo sigue vigoroso, a veces para bien de la historiografía nacional.

En los años posteriores al medio siglo, la hechura de monografías había llegado a un grado tal que las editoriales comerciales de México se quejaban diciendo que el público pedía historias generales y nadie se las proporcionaba. Sin embargo, en estos años ochenta, se despertó otra vez el interés por las síntesis de historia de México y aparecieron muchas (de todos los colores y todos los sabores), algunas en las que participaron muchos autores, otras hechas por un solo autor, unas con muchos monitos, y otras de puro texto. Todos sabemos que hoy en día están en circulación no menos de quince o veinte historias nacionales. También se pusieron de moda las historias de los estados: se dijo que era importante que los habitantes de las comunidades supieran la historia de su propio estado y que necesitaban aprenderla desde la más tierna infancia, desde la primaria; surgieron entonces las monografías estatales auspiciadas, pagadas y distribuidas por la Secretaría de Educación Pública.

Han aparecido además, cada vez en mayor número, síntesis de la historia de un municipio, de una región, de un pueblo, es decir, las llamadas en términos generales, microhistorias, porque ya en los años ochenta cada pueblo del país empezó a exigir su derecho a la diferencia con respecto a otros pueblos, empezó a asumir, a querer tener su propia historia de tal modo que, en un viaje por el país, puede observarse que todos los pueblos tienen su historiador, más o menos profesional, que hace la síntesis de la historia de su propio pueblo.

Este regreso a las síntesis que mencioné antes ha sido algo muy importante, aunque no quiere decir que no se continúe con la factura de monografías. Es indudable que se escribieron entre 1980 y 1989 unos doscientos cincuenta libros de síntesis, mientras el resto, quizás unos setecientos libros, han sido obras de carácter monográfico, aunque la mayor parte de estas monografías han sido hechas más que por historiadores propiamente dichos por arqueólogos o prehistoriadores, pues alrededor de ciento noventa se refieren a la época prehispánica que, desde tiempo atrás, se ha considerado como el horizonte clásico de este país.

Por otra parte, una característica que aproxima la historia, en estas épocas, a las otras ciencias sociales es el hacer obras menos voluminosas. En otros tiempos, una característica de los trabajos de los historiadores era que siempre resultaban más gruesos que los de cualquier otro oficio. Un historiador de prestigio realizaba una obra de diez o más volúmenes. Ahora, cada vez más, se ha adquirido la costumbre, nacida de las otras ciencias sociales, de hacer artículos que aparecen en las revistas especializadas, además de algo



que casi no existía en México por los años cuarenta: los análisis o las reseñas de libros de historia. Se ha extendido muchísimo esta enfermedad infantil de reseñar. Todo libro recién nacido inmediatamente cae en manos de un comentarista. En otros países, estas reseñas que se hacen cuando apenas aparece un libro suelen ser para tratar de matarlo antes de que crezca, tienen un espíritu herodiano. En México, generalmente, son reseñas que se proponen alentar al autor para que siga procreando hijos.

o sé si la historiografía mexicana está en su mejor momento, pero sí en una hora de gran fecundidad. Hoy como nunca se investiga un enorme campo de temas económicos, demográficos, políticos y culturales, de la vida pública, privada y aun secreta. Todos los años se ponen en uso nuevas fuentes. La inflación documental desemboca en un problema: ya no se puede ser historiador exhaustivo. El empleo de nuevas técnicas de junta de datos, los métodos cuantitativos y el uso de la computadora sacan del ring a viejos historiadores. Asistimos al crepúsculo de las filosofías de la historia; pero el común de los mortales pide historia, tiene hambre de libros y videocartuchos históricos.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS